

cion popular de un dios nacional, de una raza elegida. En la filosofía antigua halló igualmente la noción de un Sér, que existe por sí mismo, y es origen de todos los demas seres, pero viciada por una mezcla de panteísmo. Era preciso mantener el principio del monoteísmo, separándolo de toda idea de panteísmo y de nacionalidad. El Dios de los cristianos no es ya un Dios nacional, es lo mismo el Dios de los gentiles que el de los judíos. Hé aquí ya un inmenso progreso, en el cual no puede negarse la influencia de la filosofía. Pero el deísmo judío, aún universalizado, no bastó para asentar en él el edificio de la nueva religion; es preciso que el hombre conserve su individualidad en frente del Sér de los seres. El cristianismo lo afirma enérgicamente por el dogma de la resurreccion, y así se libra del panteísmo antiguo. Esta creencia no le es exclusiva; estaba generalmente extendida en tiempos de la venida de Jesucristo. Sin embargo, habian quedado entre los judíos restos de su inveterada creencia de un Dios nacional; no habia lazo entre el hombre como tal y Dios; el lazo no existia más que entre el pueblo elegido y Jehová, como consecuencia de una alianza especial. Esta falsa noción de las relaciones entre el Creador y la criatura, viciando la teodicea, viciaba también la religion en su esencia, porque el hombre necesita de un lazo individual y directo con Dios para que el sentimiento religioso halle un apoyo y un alimento. La filosofía habia preparado el camino á la verdad, enseñando que el hombre estaba en comunicacion permanente con Dios; pero ¿esta comunicacion no llegaba hasta la absorcion de la individualidad humana? Aquí reaparecia el escollo del panteísmo que el cristianismo evita por su teodicea. El cristiano está unido á Dios, aún conservando su personalidad; su cualidad de criatura no le permite soñar su vuelta al seno del Creador para ser allí absorbido.

Hé aquí los rasgos de una concepcion de Dios y del hombre que la humanidad moderna no rechazará, porque es la creencia que tiende á ser general. Es el producto del trabajo religioso y filosófico que tiene lugar desde que el hombre piensa. Esta es la esencia cristiana si se la depura de los elementos supersticiosos que la alteran. Bendigamos, pues, en lugar de maldecir, al cristianismo y á la filosofía, puesto que la fe y la ciencia se han dado la mano

para iluminarnos acerca de nuestras relaciones con Dios, y por consiguiente, sobre nuestro destino.

### § III.—Relaciones entre la religion y la filosofía.

Los filósofos habian destruido el paganismo, pero sin pensar en reemplazar las creencias populares con su doctrina. Cuando cayó la antigua religion, el mundo se encontró sin fe. Entónces se extendió la buena nueva de un Salvador que venia á dar la vida á la humanidad. La filosofía, íntimamente ligada á la civilizacion antigua, rechazó lo que consideraba como una supersticion que amenazaba triunfar sobre la sabiduría antigua y sobre la brillante cultura de la Grecia y de Roma. Los filósofos hicieron un esfuerzo supremo para salvar la antigüedad; se apegaron á las antiguas creencias, y con ayuda del método alegórico les encontraron una significacion racional, que permitia conciliarlas con las especulaciones de los Pitágoras y de los Platones. En este sentido, la filosofía tuvo la pretension de unirse á la religion y de confundirse con ella.

En cuanto el cristianismo atrajo hácia sí á los hombres educados en las escuelas del gentilismo, tuvo una pretension parecida. Los Padres vieron en la religion cristiana la verdadera filosofía; los cristianos se calificaron de filósofos (1). Pero la filosofía cristiana era á sus ojos tan superior á la filosofía antigua como la palabra de Dios respecto de la de los hombres. El cristianismo tuvo, pues, la pretension de absorber á la filosofía y de anularla. «El cristiano deja de filosofar, dice *Tertuliano*. ¿Para qué investigar la verdad despues de Jesucristo? ¿para qué la especulacion despues del Evangelio? Aquel que cree no tiene ya el deseo de investigar más allá de su creencia; el principio de nuestra fe es, en efecto, creer que no hay nada más allá» (2). «¿Qué es la filosofía? exclama

(1) CLEMENT. ALEX., *Strom.*, lib. I, *fine*: ἀληθής φιλοσοφία.—IB. VI, p. 786: οἱ φιλόσοφοι τοῦ θεοῦ.—THEODORET., *Serm. adv. Græc.*, XII (*Op.*, t. IV, p. 666, c.): εὐαγγελικὴ φιλοσοφία. C. SOCRAT., *Hist. eccles.*, IV, 27.—LACTANT., *De Opif. Dei*, c. 1: «*Philosophi nostræ sectæ*».—Los ascetas cristianos tomaron el nombre de filósofos (BRUCKER, *Hist. crit. phil.*, t. III, p. 246 y sig., 414).

(2) TERTULIAN., *De Præscript. hæret.*, c. 7.

*Lactancio*. El deseo de la sabiduría. Ahora bien, los cristianos solamente poseen la verdadera sabiduría, la que está fundada sobre la revelación de Dios.» Tal es también el sentimiento del más ilustre de los Padres latinos: «La filosofía cristiana, según San Agustín, es la única filosofía verdadera. Toda la ciencia, dice, que puede sacarse de los libros de los filósofos no es nada en comparación de la que se encuentra en la Escritura. Cuando los filósofos se engañan, la palabra de Dios confunde sus errores; cuando están en lo cierto, aquella verdad está enseñada con bastante más abundancia y brillantez en los libros sagrados» (1).

Así el cristianismo quería absorber la filosofía y la filosofía tendía á convertirse en religión. Estas pretensiones se han renovado en nuestros días (2). Este es un error peligroso que tiene su origen en una falsa concepción de la religión y de la filosofía. Cierto es que en el fondo la filosofía y la religión son idénticas, porque una y otra se ocupan del hombre, de su destino, del lazo que le une á Dios y á sus semejantes. Es preciso decir más. Pensamos, con *San Agustín*, que la doctrina filosófica no difiere de las enseñanzas religiosas. El Padre de la Iglesia dice que esta convicción es fundamental para la salvación de los hombres (3). En efecto, no hay más que una verdad, sólo que se manifiesta de diferente manera en la filosofía y en la religión: la una procede de la razón, la otra de la fe. Creer que la filosofía sea contraria á la religión es decir que Dios, que es la fuente de la razón y de la fe, está en contradicción consigo mismo, y que hay combate y división en el seno de Aquél, que es la unidad por esencia. Como esto es imposible, la oposición no puede existir. Si se la encuentra realmente entre una creencia religiosa y un dogma filosófico, es preciso deducir con *Leibnitz* que la creencia es falsa, porque no puede haber verdad que sea contraria á la razón (4).

(1) LACTANT. *Divin. Inst.*, III, 2; III, 16.—AUGUSTIN., c. *Julian. Pelag.*, IV, § 72; *De doctrina christ.*, II, 42.

(2) «La filosofía debe ser una religión, sin dejar de ser una filosofía» (LEBOUX, *de Dios*, en la *Revista Independiente*, t. III, p. 29).

(3) AUGUSTIN., *De vera religione*, § 8: «Credetur et docetur, quod est humana salutis caput, non aliam esse philosophiam, id est sapientie studium, et aliam religionem.»

(4) LEIBNITZ, *Discurso sobre la conformidad entre la fe y la razón*, § 39.

Pero si la filosofía y la religión tienen el mismo objeto, difieren considerablemente en el camino que siguen para llegar á él. La filosofía es la investigación de la verdad, y á esta investigación preside el libre movimiento de la razón. La religión es la fe en ciertas verdades fundamentales, aceptadas por la conciencia humana; no investiga, cree; si hace uso de la razón es en los límites de la creencia. Hay épocas en que parecen confundirse la religión y la filosofía, cuando las mismas verdades son admitidas por una y por otra. En realidad, la unión no es completa. Las religiones son la expresión de los sentimientos generales de la edad en que nacen; pero, no poseyendo jamás la humanidad la verdad absoluta, se mezclan necesariamente errores á toda concepción religiosa. La misión de la filosofía, en su marcha progresiva, es procurar sin descanso el descubrimiento de la verdad y purificarla de los errores que la alteran. De aquí el que los filósofos se encuentren más ó menos en lucha con las creencias dominantes. Esta lucha va creciendo, porque la tendencia de las religiones es á inmovilizarse, al paso que la ley de la filosofía es el progreso. El trabajo de la filosofía se hace entonces crítico, agresivo, y en la apariencia se confunde con la incredulidad. Pero la filosofía, órgano del espíritu humano, no vive jamás de negaciones; aún cuando parece incrédula, prepara un nuevo desenvolvimiento de la religión.

En estas épocas de renovación religiosa es cuando la filosofía, viendo la ruina de las antiguas creencias, concibe la elevada ambición de reemplazarlas. ¡Ambición irrealizable! La humanidad vive de fe; le hace falta la certidumbre sobre los puntos que interesan á su salvación, y no una investigación que por su misma naturaleza está llena de dudas y de agonías. Pero la religión, por su parte, no puede sustituir á la filosofía, porque no satisface á una de las necesidades más imperiosas de nuestra naturaleza; la investigación incesante de la verdad. En esta investigación, la razón no quiere ni debe ser detenida por ningún dogma: la independencia es inseparable de los trabajos filosóficos. ¿Es esto decir que la filosofía y la religión estén destinadas á una eterna hostilidad? Habrá lucha mientras la religión se funde en una revelación milagrosa. La revelación excluye la razón; por consiguiente, es

incompatible con la filosofía. Pretende poseer la verdad absoluta y los filósofos opinan que la humanidad no la posee jamás, pero que tiene la misión de buscarla. De aquí una necesaria oposición. No habrá paz entre la fe y la razón más que cuando la religión acepte el dogma de la perfectibilidad y renuncie á la orgullosa pretension de emanar directamente de Dios. Entonces la filosofía y la religión marcharán de concierto á la consecucion de un mismo fin, pero siempre por caminos diferentes.

Tales son los lazos entre la filosofía y la religión. Desde este punto de vista es desde donde deben apreciarse las relaciones de la filosofía antigua con el cristianismo. Nosotros admitimos, con los Padres de la Iglesia, la superioridad de la religión cristiana respecto de la filosofía de la Grecia; pero se han engañado al creer que el Evangelio estaba destinado á reemplazar definitivamente á las especulaciones filosóficas. Este error les ha impedido ver en qué consiste precisamente el progreso verificado por el cristianismo. Se ha censurado muchas veces á la filosofía el dirigirse á una insignificante minoría. Los Padres de la Iglesia triunfan oponiendo la conversión del mundo por algunos pescadores á la impotencia de los Pitágoras y de los Sócrates: «Avergüencense los gentiles, dice San Crisóstomo, cuando se trata de sus filósofos y su pretendida sabiduría, más miserable que una completa ignorancia. Vuestros filósofos apenas han tenido algunos discípulos, y aún aquellos los perdían al primer peligro que les amenazaba. Los discípulos de Jesucristo, pescadores, publicanos, fabricantes de tiendas, han convertido la tierra entera al Evangelio. Los innumerables peligros, lejos de contener su predicación, la han favorecido. Los hombres más ignorantes de la campiña han llegado á ser verdaderos filósofos» (1). No, los ignorantes no han llegado á ser filósofos; no han hecho más que recibir las verdades elaboradas por la filosofía y convertidas en artículos de fe por la religión. El corto número de discípulos de los filósofos no es mejor señal de impotencia, porque las especulaciones de la filosofía serán siempre el pri-

(1) CHRYSOST., *Homil.* 19, § 2, *ad Popul. Antioch.* (Op., t. II, p. 191, A. B.).—*Id.*, in *Acta Apostol. Homil.* IV (t. VIII, p. 38, A. B.).—C. ORÍGEN., c. *Cels.* VI, 1 y sig.; VII, 59 y sig.

vilegio de las inteligencias escogidas. Sin embargo, hay algo de cierto en esta acusación. El espíritu aristocrático de la antigüedad invadió hasta la filosofía. Los filósofos no se contentaban con su elevada misión, la investigación de la verdad; establecían una injuriosa separación entre el gran número entregado á la superstición y los pocos privilegiados de la ciencia. Aun cuando trataban de los deberes de los hombres, no se dignaban ocuparse de la multitud y mucho menos de las mujeres, de los esclavos y de los Bárbaros. La verdad era el patrimonio de algunos hombres; el error quedaba para siempre como el lote del género humano (1). Este espíritu aristocrático exclusivo era de tal modo inherente á la filosofía antigua, que dominó aún en los filósofos que querían hacer de la filosofía una religión: los neoplatónicos ocultaban su doctrina con un cuidado digno de los antiguos misterios del paganismo (2). Jesucristo mandó á sus discípulos que predicasen la verdad en todas partes, que la anunciaran á todas las clases, á todas las naciones. No hay más que una verdad; todos los hombres deben tener acceso á ella. Orígenes, respondiendo á Celso, dice que los filósofos despreciaban á los hombres incultos como indignos de recibir las verdades de la filosofía. Es menester, por el contrario, dice el Padre de la Iglesia, atraerlos con todas nuestras fuerzas á sentimientos más elevados; es menester enseñar al que no sabe, curar los enfermos (3). Nada de doble religión; una para el pueblo, otra para los sabios; la creencia de los sabios debe ser la de todo el mundo (4). «El cristianismo es la iniciación del género humano en la ley de salvación, es la humanidad; el gentilismo era la exclusión de la humanidad» (5).

La filosofía es principalmente una especulación. No es esto decir que deba encerrarse en abstracciones: en efecto, la filosofía es la ciencia de las ideas, y las ideas son quienes gobiernan al mundo. Sin embargo, es indudable que la teoría domina en los estudios

(1) Véase el tomo III de mis *Estudios*.

(2) PLOTINO, *Ennead.* II, 10, 9.

(3) ORÍGEN., c. *Cels.* VIII, 50.

(4) LEIBNITZ, *Praef. ad Tentam. Theodic.*, § 3: *Religio sapientium facta est religio populorum.*

(5) BALLANCHE, *Palingenesia*.

filosóficos. No han dejado de criticar los Padres á los filósofos este carácter puramente especulativo de sus trabajos. *Orígenes* confiesa la conformidad de los dogmas cristianos y de la filosofía; ¿pero á qué condujeron las admirables disertaciones de Platon sobre el bien supremo? No llevaron á la virtud ni á Platon ni á sus lectores; eran un alimento para la inteligencia; faltaba á los sabios el poder de encender las almas (1). «Mostradnos, dice *Theodoreto* á los paganos (2), ciudades que se rijan segun las leyes de Platon y que observen aquella forma de república que ha expuesto en sus escritos. El mayor de vuestros filósofos, despues de haber escrito tanto para probar la inmortalidad del alma, no ha podido ni aun persuadir de este dogma á su discípulo *Aristóteles*.» Más aún, aquellos ilustres filósofos estaban en contradiccion perpétua consigo mismos; enseñaban la verdad y practicaban el error: «Despues de haber disertado sobre el bien supremo, sobre Dios, descenden al Pireo para ofrecer sus oraciones á Diana, para asistir á las fiestas celebradas por una multitud ignorante. Hablan magníficamente de la inmortalidad del alma, de la felicidad que le espera cuando ha sido virtuosa, y en seguida sacrifican un gallo á Esculapio» (3).

Jesucristo no se dirigió á la razon, sino al corazón; su objeto no era instruir, sino persuadir (4). Hé aquí por qué no escogió sus discípulos entre los sabios, sino entre los pobres de espíritu. Los cristianos practicaron lo que los filósofos habian enseñado. En esta diferencia esencial hacen consistir los Padres la superioridad del cristianismo. Oigamos á uno de los primeros apologetas. Se acusaba á los cristianos de impiedad. *Atenágoras* opone á los enemigos del cristianismo estas palabras de Jesus: «*En cuanto á mí, os digo: Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced el bien á los que os aborrecen.*» ¿Quiénes son los

(1) ORÍGEN., c. *Cels.* VI, 5. C. VI, 2.

(2) THEODORETO., *Serm.* V, adv. *Græc.* (Op., t. IV, p. 555). C. *Serm.* IX adv. *Græc.* (t. IV, p. 615, 619).

(3) LACTANCIO (*Divin. Inst.*, III, 20), TERTULIANO (*Apolog.*, c. 46), AGUSTIN (*De vera relig.*, c. 2), ATANASIO (*Orat. c. gentes*, c. 10), EUSEBIO (*Præpar. Evang.*, XIII, 14), CRISOSTOMO (*Homil.* III, in *Ep. ad Rom.*, § 3, Op., t. IX, p. 451, C. D.) critican vivamente á los filósofos, sobre todo á Sócrates y á Platon, su apego á las supersticiones populares.

(4) PASCAL, *Pensamientos*.

que observan una moral tan perfecta? ¿Lo son los que se aplican á resolver silogismos, á hacer distinciones, á examinar definiciones? ¿Tienen estos hombres el corazón bastante puro y el alma bastante bella para amar á sus enemigos, para devolver palabras benévolas á los que les dirigen injurias, y para orar en favor de los que quieren quitarles la vida? ¿No es evidente que hacen todos los días lo contrario y que toda su filosofía consiste en sus palabras? Entre nosotros encontraréis ignorantes, artesanos, mujeres ancianas que tal vez no podrian mostrarnos por medio de razonamientos la verdad de nuestra doctrina, pero que muestran la utilidad de sus sentimientos por medio de acciones. Se dedican, no á ordenar frases, sino á hacer buenas obras, á no maltratar á los que los maltratan, á sufrir con paciencia las injurias que se les hacen, á dar de buen grado á los que les piden y á amar á sus prójimos como á sí mismos» (1).

Es orgullosa la comparacion que los Padres de la Iglesia establecen entre los cristianos y los filósofos. Ignorando las leyes que presiden al desenvolvimiento de la humanidad, no encontraban más que oposicion entre la civilizacion nueva y el mundo antiguo; no veian que aquellas especulaciones, que les parecian tan inútiles, habian preparado la doctrina cristiana. Aun en la vida moral, el cristianismo ha tenido precursores entre los filósofos. ¿Por qué, pues, fué dado á Cristo el realizar la reforma que los sabios habian intentado en vano? Porque la filosofía es esencialmente científica; se dirigia á la inteligencia, aún cuando pretendia ejercer una influencia moral, al paso que el cristianismo se inspiró mucho más en el sentimiento que en la razon. La ciencia sola produce el orgullo, y el orgullo aísla y divide. La caridad une; es el lazo que encadena á los hombres (2). El aislamiento, el orgullo y el odio dominaban en la antigüedad, porque los hom-

(1) ATENÁGORAS, *Legat. pro Christ.*, e. 11.—TERTULL., *Apol.* 46: «*Quid simile philosophus et christianus? famæ negotiator et salutis? verborum et factorum operator?*»—CYPRIAN., *De bono patientia*, p. 491 y sig.: «*Philosophi non verbis, sed factis sumus, nec vestitu sapientiam sed veritate præferimus, qui non loqui i-mur magna, sed vivimus quasi servi et cultores Dei.*»

(2) AGUSTIN., *De Civ. Dei*, IX, 20. C. *de Trinit.*, VIII, 12: «*Quanto igitur saniores sumus á timore superbia, tanto sumus dilectione pleniores.*»

bres no tenían conciencia del lazo que los une á Dios y por medio de Dios á sus semejantes. Ni la filosofía ni la religion concebían relacion directa entre Dios y el hombre. Moises y Platon habian concebido á Dios como caridad; el cristianismo se apoderó de esta concepcion; el Dios de los cristianos es un Dios de amor. Jesucristo no ha venido á explicar los misterios del Sér Supremo, no ha venido á enseñar la ciencia; ha venido á predicar la ley de vida, que no es más que la ley del desinterés, de la abnegacion y del sacrificio.

Hay un elemento en la filosofía, al cual los Padres de la Iglesia no podían hacer justicia, que apenas podían comprender, y es la esencia de toda especulacion filosófica, la libertad de pensar. Se admiran de la variedad de sectas; no ven más que anarquía en sus contradicciones; triunfan oponiendo la verdad cristiana á las interminables disputas de los filósofos (1). Y es porque para los cristianos toda la verdad está contenida en la palabra de Dios; su pretension es poseer la verdad absoluta. La filosofía no puede tener semejante ambicion, y es una felicidad que no la tenga. Si hubiese confesiones filosóficas como hay confesiones religiosas; si los pensadores estuviesen convencidos, como lo están los hombres de fe, de que está hallada la verdad toda, entera, y que está contenida en un sistema dado, ¿qué sería del progreso intelectual y moral? Muy léjos de criticar á la filosofía de que Aristóteles no está conforme con Platon, su maestro, es menester aplaudir esta continúa inquietud del espíritu humano. La ley del pensamiento es no descansar jamas, porque siempre le queda por descubrir una nueva faz de la verdad. Es menester, pues, que la libertad más completa presida á sus trabajos. Lo que los Padres de la Iglesia critican como una division anárquica es en realidad la manifestacion de la vida y del progreso que implica. Hay más; los Padres están poco oportunos al burlarse de los filósofos por sus eternas discusiones, porque gracias á esos debates se ha abierto camino la verdad, y por consiguiente, ha sido posible el cristianismo. Bajo

(1) JUSTIN., *Cohort. ad Græc.*—LACTANT., *Div. Inst.* III, 4.—EUSEB., *Præpar. Evang.*, XIV, 9.

este punto de vista la filosofía es superior á la religion. Si la pretension del cristianismo de poseer la verdad absoluta hubiese triunfado, la humanidad se hubiera inmovilizado, y la inmovilidad es la muerte. La filosofía, pues, bastante más que la religion, es la palabra de vida, porque ella es quien prepara el progreso religioso, y ademas protege los derechos del pensamiento contra la tiranía religiosa.